

El proceso de traducción en la época abasí

Aly TAWFIK

BIBLID [0544-408X]. (2002) 51; 305-314

Resumen: En este artículo se realiza un análisis de cómo se llevaba a cabo el proceso de la traducción en tiempos de la dinastía abasí. Se determinan y estudian las fases que constituían dicho proceso: el establecimiento del texto, la transferencia de éste, y su revisión y corrección final, y todo ello partiendo principalmente de las fuentes árabes medievales que nos aportan datos sobre este tema.

Abstract: Based on medieval Arabic sources analyses the phases of the translation process as carried out during the Abbasid period: fixing of the original draft version, revision and final text.

Palabras clave: Traducción. Época abasí. Ḥunayn b. Ishāq, Transferencia. Revisión.

Key words: Translation. Abbasid period. Ḥunayn b. Ishāq. Transference. Revision.

El movimiento de traducción que tuvo lugar en Oriente durante la época abasí ya cuenta con algunos estudios, más o menos sistematizados, que lo abordan desde varios puntos de vista¹. No obstante, ninguno de estos estudios trata de forma exhaustiva el proceso de traducción propiamente dicho. Nos referimos al conjunto de tareas y operaciones que los traductores habían de llevar a cabo para transvasar aquellos tesoros del saber de la antigüedad del griego a la lengua árabe, desde la elección de la obra hasta la revisión y corrección final, pasando por las fases intermedias de establecimiento del texto y la propia transferencia. En el presente trabajo pretendemos realizar una aproximación inicial de carácter metodológico a través de una recopilación sistemática de los datos que aportan las fuentes.

1. Véase, por ejemplo, Aly Tawfik. *Historia de la traducción en la cultura arabo-islámica. Siglos VII-XII*. Madrid, 2001

1. ESTABLECIMIENTO DE TEXTO

Durante la época abasí, Bagdad fue el principal centro de actividad intelectual del orbe civilizado y, por ello, no es descabellado pensar que en ella se concentrase el mayor número de bibliotecas públicas y privadas. Esto suponía que, en la mayoría de los casos, para la traducción de una obra se podía disponer de varios ejemplares de manuscritos de la misma. Con un grado de fiabilidad aceptable, se saben los pasos que se daban y los procedimientos empleados para llevar a cabo la traducción de un libro: una vez decidida la obra que se iba a traducir, un científico en representación del editor, o sea, la corte califal, comunicaba el encargo al director de la Escuela de Bayt al-Ḥikma y éste, por su parte, asignaba un traductor o un grupo de traductores para llevar a término lo encomendado. Dicha asignación se efectuaba teniendo en cuenta varios factores, de los cuales los más importantes eran: la materia de la obra, la especialidad científica del traductor, las lenguas implicadas en el proceso, las competencias lingüísticas de los traductores y el valor científico de la obra que se iba a traducir. Normalmente, se constituía un grupo de especialistas en la materia a la que pertenecía la obra, procurándose siempre que los traductores integrantes del mismo fueran conocedores, entre todos, de las tres lenguas de trabajo: el griego, el siríaco y el árabe. Dentro de cada grupo el traductor jefe, responsable y supervisor del mismo, realizaba un segundo reparto de tareas acorde con el dominio lingüístico de los traductores y sus preferencias personales: “les traducteurs traduisaient généralement des sujets avec lesquels ils étaient familiers, notamment en ce qui concerne les branches scientifiques comme l’astronomie et la médecine”².

Cuando se trataba de obras filosóficas también se tenían en cuenta las dificultades que presentaba el texto y, a menudo, eran traductores maestros los asignados para este tipo de obras. Así, vemos que Ḥunayn y sus aventajados alumnos Ḥubayš al-A‘sam e ‘Īsà b. Yaḥyà, especialistas en medicina, fueron los traductores de la obra médica de Galeno, de casi la totalidad de las obras de Hipócrates, y de la *Materia Médica* de Dioscórides, mientras que Ishāq b. Ḥunayn se especializó en el corpus filosófico, siendo el traductor de la mayor parte de las obras de Aristóteles y Platón. Por su parte, Tābit b. Qurra, astrólogo y matemático, se encargó de traducir varias obras en estas dos ramas y corrigió las versiones árabes de importantes libros como, por ejemplo, el *Almagesto* de Ptolomeo y el tratado de Euclides, los *Elementos*, que primero había sido traducido por al-Ḥayḡay b. Maṭar para al-Rašīd y luego por Ḥunayn b. Ishāq en tiempos de al-Ma‘mūn³.

2. M. Salama-Carr. *La traduction à l'époque abbasside: L'école de Hunayn Ibn Ishaq et son importance pour la traduction*. Paris, 1986, p. 41.

3. A. Samīr. *Tārīj al-fīkr al-'arabī*. El Cairo, 1993, pp. 72 y 80.

Por regla general, los traductores eran los encargados de realizar las labores previas a la traducción, como el cotejo de las copias disponibles y la elección de las más legibles e inteligibles que empleaban para establecer una edición crítica en la cual se basaba la traducción. Los métodos utilizados para llevar a cabo estas labores nos hacen pensar que los integrantes de la Escuela de Bayt al-Ḥikma daban mucha importancia al número y la calidad de los manuscritos. Ḥunayn nos informa en su *Epistola* de que los traductores de su tiempo siempre procuraban reunir el mayor número posible de copias de manuscritos —y a ser posible de distintas familias— por lo que, en ocasiones, tenían que viajar lejos —hasta Palestina, Siria y Egipto— en su búsqueda. Son muchas las citas que dicho director de Bayt al-Ḥikma nos ofrece al respecto, de las cuales hemos entresacado la siguiente. Refiriéndose a la obra de Galeno *De Sectis*, comenta: “Cuando yo tenía veinte años o algo más, traduje este libro a petición de un médico de ʿYundisābūr llamado Šīrāšū‘ b. Quṭrub partiendo de un manuscrito griego defectuoso. Más tarde, cuando ya tenía cerca de cuarenta años, mi discípulo Ḥubayš me pidió que lo corrigiera, dándose la circunstancia de que yo había reunido varios ejemplares en griego de la obra. Cotejé todos los manuscritos hasta que conseguí un texto correcto y luego confronté éste con mi antigua versión siríaca y así la corregí, y esto es lo que hago siempre en todas mis traducciones. Pasados unos años traduje esta obra al árabe para Abū ʿYā‘far Muḥammad b. Mūsā”⁴.

Ḥunayn, en la misma obra, insiste muchísimo en la importancia de los conocimientos de la materia en cuestión por parte del traductor, no sólo en la propia tarea de traducción, sino también para el fundamental paso previo de establecimiento del texto. En efecto, los traductores no siempre disponían de varios manuscritos de la misma obra, sino que, en ocasiones, tenían que basar sus traducciones en un ejemplar único y a veces defectuoso. En este caso, los traductores tenían que realizar la edición crítica restaurando el texto y subsanando sus deficiencias y, para que un traductor llevara a cabo dicha tarea con garantía, no tenía más remedio que ser muy versado en la materia a la cual pertenecía la obra⁵.

J. Vernet nos muestra, no sin asombro y quizás algo de ironía, cómo se procedía en aquellos tiempos a la realización de las tareas de traducción: “El encargo de la traducción y el modo de realizarla se parecían, extrañamente, a los actuales. El editor (secretario de la redacción) lo encargaba a un traductor —generalmente adscrito a “la

4. Ḥ. unayn ibn Ishāq. “Risālat Ḥunayn b. Ishāq ilā ‘Alī b. Yaḥyā fī ḍikr mā turīma min kutub ʿYīnūs bi-‘ilmi-hi wa-ba‘ḍ mā lam yutarīam”. En ‘A. R. Badawī (Ed.). *Dirāsāt wa-nuṣūṣ fī l-falsafa wa-l-‘ulūm ‘inda al-‘arab*. Beirut, 1981, p. 151.

5. M. Salama-Carr. *La traduction à l’époque abbasside...*, p. 53.

casa” y ya famoso—, el cual, en caso de tener excesivo trabajo, lo pasaba a otro, un redactor o ‘negro’”⁶.

Establecido el texto, se procedía a efectuar la primera fase de la traducción propiamente dicha que, a su vez, constituía la segunda etapa en el proceso global de esta actividad. Nos referimos a la fase de lectura y comprensión del texto. La realización de esta fase era, prácticamente, una prolongación de las tareas de establecimiento del texto. Los traductores sometían el manuscrito a una auténtica exégesis comparable a lo que en la traductología moderna se denomina ‘análisis del discurso’⁷. Para conseguir un nivel aceptable de comprensión, Ḥunayn vuelve a insistir en la ineludible condición de ser especialista en la materia a la que pertenece el texto. Según él, un médico puede realizar una excelente traducción de un texto de medicina aunque sus conocimientos lingüísticos no sean muy buenos; en cambio, nunca realizará una buena traducción de un tratado de astrología o matemáticas, aunque posea un dominio excelente del idioma del texto original, dado que sus conocimientos en estas ciencias no son buenos⁸.

En este sentido, las fuentes árabes apuntan que los excelentes conocimientos de medicina que poseía Ḥunayn y, en particular, de las opiniones de Galeno era una de las razones de su superioridad como traductor de textos médicos. El propio Ḥunayn reconoce esta ventaja de estar familiarizado con las ideas del autor traducido, y no tiene reparo en confesar las dificultades que supone el no estarlo, incluso para un gran maestro como él. Refiriéndose a su traducción del libro *Nombres médicos* de Galeno, comenta que este autor griego:

[...] cita a Aristófanes. Sin embargo, el manuscrito griego según el cual yo he traducido esta obra al siríaco contiene tal número de faltas y equivocaciones que me hubiera sido imposible entender su significado de no haber estado ya familiarizado con las expresiones idiomáticas de Galeno y acostumbrado a entenderle y a conocer la mayor parte de sus ideas gracias a sus otras obras. Pero no estoy acostumbrado a la lengua de Aristófanes y por tanto no he podido entender ese pasaje y lo he omitido. Pero hay aún otra razón: después de leerlo no he encontrado lo que Galeno ha dicho y he creído oportuno dejarlo y seguir adelante con cosas más útiles⁹.

6. J. Vernet. *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*. Barcelona, 1978, p. 93.

7. M. Salama-Carr. *La traduction à l'époque abbasside...*, p. 51.

8. A. Samīr. *Tārīj al-fikr al-'arabī*, p. 89.

9. J. Vernet. *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, p. 86.

2. TRANSFERENCIA DEL TEXTO

Tras la lectura y la comprensión del texto establecido, se iniciaba el proceso de transferencia propiamente dicho. Normalmente, el transvase al árabe de una obra griega se realizaba en dos fases: primero se traducía del griego (lengua de partida) al siríaco (lengua intermediaria) por los traductores siríacos con buen dominio de la lengua helénica, y luego la vertían del siríaco al árabe (lengua terminal) los traductores con mejor conocimiento en esta última lengua. En general, la versión intermediaria –la siríaca– se hacía por escrito, aunque algunas fuentes árabes afirman que en ocasiones la primera fase, o sea la traducción del griego al siríaco, se realizaba de forma verbal¹⁰.

A veces este orden se altera parcialmente y las lenguas siríaca y árabe intercambian sus papeles, convirtiéndose ésta en lengua intermedia y aquélla en lengua terminal. Esto ocurrió, por ejemplo, con la obra *al-Ajlāq* de Galeno, que primero vertió Ḥunayn del griego al árabe, y de este idioma Ḥubayš hizo lo propio al siríaco por encargo de Yūḥannā b. Māsawayh¹¹.

Esa especie de traducción en cadena era consecuencia de que, en la mayoría de los casos, los traductores siríacos que dominaban el griego no contaban con conocimientos suficientes de la lengua árabe como para traducir directamente a ella. No debemos olvidar que este idioma no era el suyo materno y muchos de ellos lo aprendieron ya en edad adulta¹². Lo contrario ocurría con algunos traductores árabes que, aunque conocían el siríaco y el árabe era su idioma materno, no dominaban la lengua griega. Cuando se trataba de una obra traducida al siríaco con anterioridad, su traducción al árabe se realizaba basándose tanto en el original griego como en la versión siríaca. En estos casos, la primera fase se convertía en una mera revisión y corrección de la versión de esta última lengua, para servirse de ella como texto intermediario. Si los destinatarios de los textos traducidos eran médicos cortesanos, científicos o personalidades que conocían el siríaco, esta labor traductora se detenía con la conclusión de la traducción a este idioma¹³.

10. Al-Ŷāḥiẓ. *Al-Ḥayawān*. Ed. Y. Šāmī. Beirut, 1992, p. 52.

11. S. al-Darūbī. “Manḥaḥiyyat al-‘ulamā’ al-muslimīn fī l-tarýama fī l-‘ašr al-‘abbāsi’”. *Turjūmān* 8, 1 (1999), p. 72.

12. Hay que exceptuar algunos casos como, por ejemplo, Ḥunayn b. Ishāq, su hijo Ishāq b. Ḥunayn y su discípulo Ḥubayš b. al-A‘sam, que dominaban las tres lenguas y podían traducir directamente del griego al árabe y al siríaco. No obstante, el gran maestro Ḥunayn, para descargarse de trabajo, solía traducir del griego al siríaco y dejar que sus colaboradores vertieran su traducción al árabe, realizando él siempre la revisión y la corrección final.

13. M. Salama-Carr. *La traduction à l’époque abbasside...*, p. 42.

De los factores determinantes en las metodologías de traducción empleadas en la Escuela de Bayt al-Ḥikma señalamos: la finalidad de la traducción, el destinatario de la obra traducida y la tipología del texto. En efecto, las primeras traducciones fueron realizadas por la necesidad que tenían los árabes de acceder a las ciencias occidentales, persas e hindúes, especialmente las de carácter práctico. Así pues, durante la época omeya y los primeros años de la abasí, la mayor parte de las traducciones fueron tratados de medicina destinados a los médicos cortesanos, manuales de astrología para la fijación de la hora de la oración y el establecimiento de los horóscopos de las ciudades para su correcta ubicación, y obras de matemáticas para controlar las cuentas del erario público y los bienes del Estado¹⁴.

En cuanto al segundo factor —el destinatario—, podemos observar el hecho de que los primeros beneficiarios de dichas traducciones con fines prácticos fueron personalidades y científicos vinculados a las instituciones del Estado, normalmente conocedores de la lengua siríaca. Esto hizo, en primer lugar, que las obras, antes de ser traducidas, fueran escogidas y aprobadas por los especialistas y, una vez traducidas, que su contenido fuera discutido en las sesiones de debate (*ma'yālis*) para comprobar la validez de su aplicación; en segundo lugar, que la lengua a la que se traducían, en muchos casos, fuera el siríaco en vez del árabe y, en tercero, que los traductores se limitaran a verter el contenido sin acompañar el texto de comentarios ni notas marginales o aclaraciones adicionales¹⁵.

Incluso, supuesta la competencia del destinatario, se llevaban a cabo a veces traducciones parciales suprimiendo lo superfluo y, en ocasiones, se resumía el texto original en compendios (*mujtaṣarāt*) o se reunían textos temáticamente relacionados en obras de compilación (*yāwāmi'*). La producción de este tipo de resúmenes y compilaciones era destinada también a estudiantes con fines didácticos, y constituía una imitación de las obras de recopilación clásicas en lengua griega, algunas de las cuales fueron realizadas en la Escuela de Alejandría. Tan abundante fue este tipo de composiciones que el propio Ibn Jaldūn le dedicó en la *Muqaddima* todo un capítulo en el cual, además de poner en tela de juicio la legitimidad de su realización, duda de su valor científico para fines didácticos¹⁶.

La excepción de las costumbres descritas tenía lugar cuando el destinatario, o la persona que encargaba la traducción, tenía algunas preferencias especiales, por lo que el traductor se veía obligado a respetar sus exigencias. Un ejemplo al respecto nos lo ofrece Ḥunayn en su *Risāla*, cuando recuerda la atención especial a la lengua

14. 'U. Farrūj. *Tārīj al-'ulūm 'inda al-'arab*. Beirut, 1970, p. 112.

15. A. Samīr. *Tārīj al-fīkr al-'arabī*, p. 97.

16. *Ídem*, pp. 98-99.

y al estilo que ponía en la traducción de la obra de Galeno *Los Huesos*: “De esta obra había una traducción de mala calidad al siríaco realizada por Sirýis. Luego yo la traduje también al siríaco hace algunos años por encargo de Yūḥannā b. Māsawayh. En ella traté de desarrollar las ideas de la obra con la máxima claridad y precisión posibles, porque a este hombre [Ibn Māsawayh] le gusta el estilo claro y no deja de invitarnos a él. Antes, también la había traducido al árabe para Abū Ŷa‘far Muḥammad b. Mūsā”¹⁷.

En cambio, cuando se trataba de otro tipo de usuarios, como el caso de los destinatarios de las obras históricas, literarias o filosóficas, los métodos empleados experimentaban ciertas variaciones: la lengua de llegada era el árabe en lugar del siríaco; no se escogían los textos por los procedimientos arriba detallados, sino que, a lo sumo, se elegían fijándose en la importancia de sus autores; a menudo los traductores acompañaban los textos que reproducían de notas marginales y aclaraciones de las partes más difíciles, y se eludían algunas partes del texto original consideradas por los traductores no aptas para la mentalidad o las creencias religiosas musulmanas y cristianas. Esta última práctica era bastante habitual entre muchos traductores, especialmente cuando se trataba de obras filosóficas. Abdurrahmān Badawi recoge varios ejemplos de textos de Euclides omitidos en las traducciones realizadas por Ishāq b. Ḥunayn, pese a la pertenencia de éste a una escuela —metodológicamente hablando— conocida por su fidelidad al texto original, la de Ḥunayn¹⁸.

Del mismo modo, y en consonancia con lo anterior, muchos traductores vinculados a los monasterios donde se habían formado cambiaban, por motivos religiosos, los fragmentos relativos al paganismo o la idolatría con textos inventados por ellos acordes con la fe cristiana. Un ejemplo claro de esto se reitera en las traducciones de las obras de Artemidoro de Éfeso, donde los traductores sustituyen los diez dioses paganos por Dios y los ángeles. Estos cambios, aunque no restan mucho valor al conjunto de las traducciones, suponen como mínimo una mutilación de los textos que afecta sensiblemente a su contenido mitológico¹⁹.

Para terminar, vamos a reproducir la cita que *al-Fihrist* recoge de Ibn Sallām al-Abraš, uno de los traductores del primer periodo abasí, en la cual nos ofrece una clara muestra de variación de métodos según la finalidad de la traducción y la tipología del texto. A propósito de su traducción de un libro cuyo título no facilita, dice así: “En este libro hay muchas reiteraciones; por lo tanto, he decidido resumirlo y extraer de él lo justo y necesario para demostrar sus contradicciones y sus discrepancias. He

17. Ḥunayn ibn Ishāq. “Risālat Ḥunayn b. Ishāq ilā ‘Alī b. Yahyā...”, p. 153.

18. A. Badawi. *La transmission de la philosophie grecque au monde arabe*. Paris, 1987, p. 73.

19. G. Strohmaier. “Ḥunayn b. Ishāq al-‘Ibādī”. *Et*, vol. III, p. 599.

añadido los argumentos oportunos del *Corán* y de la tradición del Profeta”; sin embargo, cuando se trata de los libros sagrados cristianos, el mismo traductor alega: “En esta traducción no he pretendido mejorar el vocabulario ni adornar el estilo para evitar la adulteración del texto. Tampoco he añadido nada por mi cuenta ni he suprimido nada del texto, sino que lo he traducido tal como estaba”²⁰.

3. REVISIÓN Y CORRECCIÓN DEL TEXTO

Tal vez sea necesario, a la hora de hablar de la revisión y corrección del texto, recordar un par de matices de suma importancia para la cuestión que vamos a tratar: el primero, que la tónica general del trabajo en la escuela que nos ocupa era traducir en grupo²¹ bajo la supervisión de un traductor maestro y responsable de la revisión final; el segundo, que una parte no pequeña de las traducciones realizadas por los integrantes de aquel centro abasí fueron correcciones de versiones siríacas y árabes ya existentes. Al parecer, los traductores adscritos a la Escuela de Bayt al-Ḥikma se encargaban de la tarea de traducción, y a los traductores “jefes” como Ḥunayn y Ṭābit—que no disponían de tiempo para todos los encargos—les correspondía revisar, corregir y establecer la versión final. En ocasiones, tras la traducción del texto, estos últimos entregaban la revisión a algún colaborador científico o lingüista para que les asesorasen técnica y lingüísticamente. Esto ocurría más a menudo cuando se trataba de obras filosóficas y las redacciones efectuadas por los traductores en lengua árabe no se consideraban definitivas. El asesor, entonces, había de ser lingüista con conocimientos de filosofía y su principal empresa era la corrección de estilo²². J. Vernet nos resume este proceso de revisión en dichos casos de la forma que sigue: “Las versiones eran así, a veces, hechas por gentes no peritas en la materia que traducían, y debían ser corregidas y mejoradas a fondo (*aṣlaḥa*) por el traductor oficial. Llegadas así a manos del editor éste encargaba la corrección de estilo a un buen escritor”²³.

Los traductores asumían con normalidad y aceptaban todas las apreciaciones de sus maestros pues, a decir verdad, la propia tarea de revisión se efectuaba con rigor y acorde con la especialidad de los maestros. Es más, las propias traducciones de

20. Ibn al-Nadīm. *al-Fihrist*. Beirut, 1980⁵, pp. 21-22.

21. Son muchas las referencias en las fuentes árabes a grupos de traductores que participaban en la traducción de una sola obra. Citaremos, por ejemplo, el grupo formado por Ishāq b. Ḥunayn, Ṭābit b. Qurra e ‘Isā b. Yahyā, bajo la supervisión de Ḥunayn b. Ishāq, para la traducción de *Las opiniones según el punto de vista de Galeno*, o el de Ḥubayš al-A’sam, Iṣṭifān y Ḥunayn b. Ishāq en la traducción de *La dependencia de la fuerza moral del temperamento* del mismo médico griego. Véase M. Salama-Carr. *La traduction à l’époque abbasside...*, p. 74.

22. A. Badawī. *La transmission de la philosophie grecque au monde arabe*, pp. 25-26.

23. J. Vernet. *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, p. 93.

éstos se sometían a revisiones y correcciones de sus colegas jefes. Sabemos, por ejemplo, que Tābīt b. Qurra, matemático y astrónomo, revisó y corrigió algunas obras traducidas por el maestro Ḥunayn, como los *Elementos* de Euclides y el *Almagesto* de Ptolomeo, y que el propio Ḥunayn aprobó dichas correcciones²⁴.

En cuanto a las revisiones y correcciones de las traducciones ya existentes con anterioridad, cabe indicar que ésta era una práctica habitual y formaba parte de los métodos empleados por los traductores de la época abasí, especialmente durante los siglos IX y X. Los motivos principales por los cuales se llevaban a cabo dichas correcciones eran varios:

1). La disposición de un número mayor de copias de manuscritos de una obra traducida anteriormente, pero basada en una sola copia o en varios manuscritos defectuosos. Más arriba recogimos un ejemplo en el cual Ḥunayn corrigió una traducción que él mismo había realizado con anterioridad a partir de un manuscrito defectuoso, y vimos cómo, al disponer de varios manuscritos de la misma, llevó a cabo dicha corrección.

2). La progresión de los conocimientos adquiridos por los traductores con los años de práctica les impulsaban a reconsiderar la calidad de las traducciones tempranas, tanto las realizadas por sus colegas como las suyas propias. Los traductores de los siglos IX-X, más expertos en las materias que traducían y con mejor dominio lingüístico, consideraban que los métodos, que habían sido empleados en la traducción de muchas obras, eran rudimentarios, por lo que dichas traducciones requerían ser revisadas y corregidas. Este motivo fue el que indujo a Ḥunayn a corregir varias traducciones como, por ejemplo, las de Siryīs y Aṣṭāt y algunas de las efectuadas por él mismo. Como consecuencia de esto, podemos encontrarnos con varias traducciones de una sola obra atribuidas a diferentes traductores o, incluso, al mismo traductor. A título de ejemplo de este último caso, citamos las dos versiones del *Almagesto* conocidas por *al-Hārūnī* y *al-Ma'mūnī*, realizadas por al-Ḥayyāy b. Maṭar, además de otras versiones de la misma obra realizadas anteriormente²⁵.

3). La restauración de las pérdidas parciales (*isqātāt*) del texto, provocadas por olvido de los copistas, o por el mal estado de los manuscritos originales o los de la versión, y la rectificación de los errores y los fallos de lectura y de comprensión, cometidos tanto por copistas como por traductores. Ḥunayn, en su *Epístola*, comenta dirigiéndose a 'Alī b. Yaḥyā que, por culpa de esas pérdidas, tuvo que revisar y corregir o incluso volver a traducir la misma obra varias veces: “Respecto a la obra

24. M. Salama-Carr. *La traduction à l'époque abbasside...*, p. 52.

25. M. Mansiyya. “Harakat al-naql wa-l-tarāyama ḥattā al-'aṣr al-'abbāsī”. En K 'Amrān y otros. *Al-Tarāyama wa-nazariyyātu-hā*. Túnez, 1989, p. 207.

Kitāb al-Quwà al-ṭabī‘iyya, yo la había traducido de un manuscrito griego con pérdidas. Más tarde, cuando mejoré en la traducción, la revisé y encontré otras pérdidas que subsané. Por lo tanto, quería informarte de que, si encuentras más de una traducción mía de esta obra, es por la razón descrita”²⁶.

26. Ḥunayn ibn Iṣḥāq. “Risālat Ḥunayn b. Iṣḥāq ilā ‘Alī b. Yahyà...”, p. 154.